

ayunas como estaba. Ahora, usted no tiene que ocuparse sino en tres cosas: la primera callar como ha jurado, es decir, como un muerto; la segunda confesarse y disponer su testamento, si tuviere de qué; la tercera presentármese aquí, preparado á toda contingencia, pasado mañana al rayar el día. ¿Esta usted dispuesto?

—Sí, señor—contesté resueltamente.—Pasado mañana, al amanecer, me tendrá usted aquí. Yo no sé si hago un disparate, si me meto en un berengenal del que haya de salir con los pies para delante, camino del cementerio; pero ya... ya quiero despejar esta incógnita, y ver si de una vez en la vida dejo de ser pobre, y puedo darme el gusto de regalarle á Pastora una piocha y unas arracadas como aquéllas.

—Escuche usted—advirtió el sabio cogiéndome de la mano, y señalando hacia el pequeño esferamundi, colocado sobre una mesilla no lejos de nosotros.—En el globo que ve usted ahí representado, existen á estas horas muchos miles de seres humanos, cuya vida se pasa en esperar encorvados el hallazgo de una miserable piedra preciosa, oculta en las entrañas del planeta... No crea usted que en ese oficio no arriesgan la existencia; no crea usted que no son tratados como parias, peor que parias, porque el paria tiene el derecho de alzar al sol su faz, y ellos doblan su frente al suelo árido... Ya puede usted, joven, considerarse protegido por

benigna estrella y destino fausto. Usted buscará en Santiago el diamante en mi laboratorio; si hubiera usted nacido en el Brasil, con un poco más de pigmento bajo la epidermis, lo buscaría á puras persuasiones del látigo de un capataz, que no le dejaría acaso hueso sano.

Condújome Onarro hasta la puerta, sin añadir otra palabra. Aturdido, trastornado y con la cabeza hecha una olla de grillos, me despedí, y ya tenía el pie en la calle, cuando Onarro me reiteró paternalmente.

—No deje usted de prepararse á bien morir, por si acaso.

IX

Y decíame yo á la mañana siguiente, entrando, después de una noche de desasosiego y vigilia á cuentas y juicio conmigo mismo, cual un tiempo lo hizo Sancho: sepamos, Pascual hermano, qué com-promiso es el que ha contraído vuesa merced. ¿Ha tratado acaso de alguna gira ó diversión campes-tre, para la cual haya de reunirse con un par de amigos, ó media docena, en un ameno lugar, lle-vando todos sabrosos víveres y golosinas para me-ndar alegremente? No por cierto. ¿Hánle invi-tado á concierto ó sarao, en que esparza el ánimo

y honestamente se distraiga? Menos aún. ¿Pues adónde tiene de asistir mañana al despuntar la aurora? A la conquista de unos millones, tantos en número que no es posible contarlos. ¿Y quién os ha de ayudar y encaminar á conseguirlos? Pues el nunca bien ponderado D. Félix Onarro, nata y flor de la ciencia, cifra y compendio de la sabiduría, que manda en la naturaleza y la metamorfosea y muda cual nuevo Ovidio. Bueno va. ¿Y sabéis vos, hermano Pascual, las peripecias que pueden sobrevenir en esa aventura? Según confiesa el héroe principal de ella, es fácil que él y vos, en un segundo, rodéis á la eternidad. ¿Él y vos decís? ¿Y no fuera posible que sólo vos corriéseis el peligro, y el taimado del sabio se quedase riendo? No va descaminado ese recelo. Y ahora supongamos que salís con bien de la aventura: ¿sabéis de buena tinta que se os vendrán á las manos los ofrecidos tesoros? Prometiémelo D. Félix. ¿Y cómo á vos que D. Félix no tiene la región cerebral vacía y seca como una avellana rancia? No me consta en modo alguno. Ligero anduvisteis entonces, Pascual. El diablo, añadía yo como el escudero manchego, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no.

Con tales reflexiones me eché á la calle, ansioso gozar del aire libre, por si era aquel mi último día de respirarlo, y deseoso de ver rostros conocidos, por si me restaban sólo unas horas de po-

derlos mirar. Nada de cuanto me encargara Onarro hice, porque en lo tocante á testamento, como no legase el alma á Dios y los huesos á la tierra, otra cosa no poseía; y de confesarme, si bien se me alcanzaba que fuera saludable prevención, era tal mi inquietud, zozobra y falta de recogimiento, y tal el tropel de imágenes y dorados sueños que por momentos me asediaba, que no pude resolverme á hacer examen de conciencia. Lo único que puntualmente cumplí fué la cláusula de no traslucir cosa alguna de la proyectada empresa ni del objeto de mis entrevistas con Onarro.

Sin embargo, me bullía á veces en el cuerpo un afán irresistible de que supiese todo el mundo que mi suerte iba á pasar, muy en breve, de adversa á próspera y magnífica. La mitad de mis futuras riquezas diera yo por ostentar desde luego la otra mitad. Deparóme la casualidad que aquel día, paseándome por la Rua del Villar, del lado de los soportales en que está la animación del comercio y el mayor concurso de gente, viese cruzar por las arcadas fronterizas un cuerpo, que más pareciera sombra derrotada y lacia, y que escurriéndose con cautela y recatándose y pegándose á las casas, parecía, no andar, sino deslizarse. Inmediatamente dí caza á la sombra, que al pronto, al verme, apretó el paso; mas después, conociéndome sin duda, volvió pies atrás, y llegándose á mí, con voz anhelosa me dijo:

—Si quieres hablarme salgamos de ahí. Chico, la Inglaterra toda está por esos comercios.

—Pero—respondí yo admirado contemplando el traje astroso y hecho girones, el grasiento tapabocas y el abollado sombrero de Cipriano, —¿cómo debes nada en tienda alguna, si te veo con el propio traje y pergeño que usabas allá cuando vivíamos los cuatro juntos y jugábamos á la brisca? Deberás en el café, ó en *La flor de los campos de Carriñena*.

—¡Ay, Pascual bueno!—suspiró el estudiante, guiándome hacia calles retiradas, y á la sazón casi desiertas.—¡Bien se ve que tú no estás enterado, ni comprendes los extravíos á que nos arrastra una pasión! ¿No te acuerdas ya de mi hermosísima Leonor?

—¿Aquella buena alhaja, con la cara embadurnada de almazarrón y harina, que paseaba contigo por los Agros de Carreiro?

—¡Stttt! ¡nómbrela con más respeto, que, al fin y al cabo es una notabilidad escénica! No vayas á figurarte que sólo cantaba en los coros, no señor; hizo papeles casi de los más difíciles y comprometidos, como el de *mujer primera* en los *Magyares*; una *criada*, en *Marta*; *dama convidada primera*, en el segundo acto de *Los diamantes de la corona*, y otros por el estilo.

—En suma, esa grande artista te ha estrujado el bolsillo.

—¡Pero de qué manera! ¡chico! él ya no estaba muy repleto, y ahora parece una oblea.

—Tu capital solían ser diez reales, siete cuartos y tres ochavos...

—Esos eran los días de opulencia; pero me dejó sin blanca la divina ninfa. En aquella boca tenía escondido un fraile mendicante. ¿Querrás creer que hasta me pidió los cuellos y puños postizos que yo solía gastar, y el único levitín decente que tuve en mi vida, bajo pretexto de que la obligaban á salir vestida de hombre en un fin de fiesta? Y allá se quedó mi guardarropa olvidado. Así ando yo de roto y hecho una lástima. ¡Oh mujeres! Bien dijeron Salomón y San Agustín y el Crisóstomo...

—¿De suerte—dije yo atajando aquel torrente de erudición quejumbrosa — que estás como el gallo de Morón?

—Lo mismito. Si me quedo en casa me acribilla la patrona; bloquéanme los acreedores si salgo á la calle; el autor de mis días se ha declarado en quiebra, y cuando le pido monises me responde que siente plaza. ¡Qué situación la del general! ¡Ahora precisamente que pensaba yo estudiar, ganar curso, volverme hombre de pró! ¡Pero aplíquese usted oyendo gruñir á una patrona sin entrañas! ¡Asista usted á clase sin tener casi camisa ni ropa! ¡Pase usted de esta facha sin ruborizarse ante aquella señora Minerva de la Universidad, que está siempre tan arregladita y tan limpia!

—Pues no te apures. ¿Quién sabe si andando el tiempo hallarás quién te dé la mano?—pronuncié yo con mal encubierto airecillo protector.

—Para saludarme, podrá ser... y aún lo dudo, según estoy de tronado. Por lo demás, ¿apurarme yo? ¡Bah!

Y me miró con tal expresión de picaresca alegría, que sirviera su rostro para perfecto modelo de un Demócrito risueño y despreocupado.

—Cuando te digo que á lo mejor... donde menos se piensa salta la liebre. Podrá suceder que no pasen cuarenta y ocho horas sin que veas maravillas, y sin que acaso te ofrezca yo con qué tapar la boca á los mastines que te andan á los alcances...

—¿Qué es eso? ¿Tonillo enigmático? ¡Calle! ¿Si Onarro que tanto te estima, te habrá dado parte de la piedra filosofal?

Temblé al oír la frase del estudiante, que sin sospecharlo colocaba el tiro tan cerca del blanco. —Perdido soy y perjuro además—calculé—si algo se vislumbra. —Mi emoción debió de reflejarse en mi fisonomía, porque el sagaz Cipriano añadió mirándome de hito en hito.

—¡Qué efecto te ha causado! Te has puesto del color de las bandas de la capa... Pascualillo, ¿con que andas en esos fregados? Ahora sí que digo yo que vamos á pasar magnífica vida á tu cuenta.

—Aquí es fuerza salir del paso con un enredo—discurrí yo.—Y componiendo el rostro y con aire

misterioso y confidencial, murmuré:—Cipriano, mira que te lo cuento á tí, y sólo á tí: cuidadito no me comprometas, porque si por ahí lo saben me asediarán á petitorios, y para tanto no alcanza. En efecto, el señor D. Félix ha tenido la bondad de...

—¿De darte un cachilló de la piedra?

—¡Qué piedra ni qué niño muerto! Me extraña que tú des crédito á semejantes paparruchas. El señor D. Félix, repito, que es un hombre servicialísimo, y á mí me distingue de manera que no sé cómo pagarle, se ha dignado negociar con un editor de allá de Francia una obrilla que había yo compuesto en mis ratos de ocio... poca cosa, pero en fin...

—En fin...

—Que el editor la ha comprado, y la va á publicar y me da por ella diez mil realitos...

—¡Hombre!—exclamó el estudiante, cuyas truhanescas facciones expresaban la duda, el asombro y la burla, todo junto.—¡Hombre! Milagro y maravilla sería aquello de la piedra filosofal, pero más me espanto de esotro que me cuentas tú. Chico, dicen por ahí que eres un sabio; pero, ¿cómo te he de adorar santo, si te conocí tan ciruelo como los restantes? En fin, sea todo por Dios, y daca unas cuantas caras de reyes feos con peluquín, que á mí me parecerán más lindos que Leonor, ya los hayas granjeado escribiendo una portentosa obra científica, lo cual considero fuera de lo natural, ya

por arte mágica, que para el caso es lo mismo. Llueve tú onzas, y llamaréte antorcha de las ciencias y sol de la escuela.

El ladino del estudiante cazaba demasiado largo, cosa que no me supo bien. Híceme, pues, el amostazado, y repliqué:

—No, ya que dudas de mi palabra y de mis méritos, nada haré por librarte de ingleses y por vestirtirte de un modo más regular.

—¡Jesús, si yo no dudo! Con tal que me facilites unas pesetejas, te tendré por más docto que al mismo Séneca en persona. Figúrate tú que hace un mes que me quiebro yo los cascos por dar con dinero, y calcula la profunda admiración que me inspirará el que lo posee.

—Por hoy nada puedo prestarte. Espera—insistí yo muy formal.—¿A cuántos estamos? ¿A 16 ó á 17 del mes?

—A 17—respondió Cipriano—quedándose algo confuso y dudoso al ver mi gravedad.

—17... 17..., del 10 al 17..., mañana 18... Mañana cobro la letra de Francia.

—Pero chico, ¿va de veras?—exclamó Cipriano.

—¡Anda á paseol!—contesté yo.—Si no me dices lástima con esas botas entornadas que parecen almejas, y ese tapabocas asqueroso... á fe, á fe, que te dejara entregado á tu triste suerte.

—Mira, Pascual... si es verdad lo que dices, y vas á tener cuartitos frescos, puedes hacer una

obra de caridad... Ya sé yo que ese corazoncito es como la misma seda.

—¡Calla! ¿no te basta pedir para tí?

—¿Te acuerdas de Inocencio? El pobre siempre fué muy ganso, ya sabes, y en el juego le hacíamos las trampas que se nos antojaban; y él, cuantas más trampas, más ciego y aturrullado... Pues el infeliz recibió una cantidad que le mandaba el autor de sus días para redimir una pensión... era una miseria de tres mil reales, ¡pero ya ves! para él... Barrabás le tentó á jugar á dinero... chico, le despabilaron sus duretes... ¡Si vieras como está! Ni come, ni duerme; se quedó hecho un espárrago... Dice que se va á embarcar para América... ó á colgarse de una viga... Chico, parte el corazón.

Y diciendo esto, sacó Cipriano del bolsillo un trapo sucio y agujereado, con el cual hizo finta de enjugar tiernas y compasivas lágrimas. Yo formé propósito, al escribir estos sucesos de mi vida, de retratarme tal cual soy, sin poner ni quitar un ápice, y así como declaro que no alardeo de filántropo, ni busco ocasiones, ni me tomo molestias por hacer el bien, así, cuando éste se me viene á las manos, no lo rehuyo. En suma, yo confieso que no tengo carácter, pues caso de tenerlo, trazaría una senda y por ella caminaría: lejos de lo cual, siempre practiqué con el mal y el bien lo que con la fruta: comerla en verano porque se presenta madura y fácil, y en el invierno no acordarme de si la hay en el mun-

do. En aquel momento ví sazónada y oportuna la buena acción de salvar á Inocencio, y pensé en ello con placer: quizás aun en este sentimiento noble entraba una pizquilla de deseo de deslumbrar con el fortunón que ya contaba seguro; pero, ¿quién va á decantar tanto los sentimientos? Sucédeles, por ventura, lo que á los linajes: en el más limpio é ilustre se halla, á fuerza de revolver y escudriñar, algún entronque, alguna mancha de judío.

—No se colgará—dije á Cipriano—si puedo evitarlo yo.

—¡Y tanto como puedes! Mañana cobras la letra, ¿no es eso? ¿A qué hora? Siempre será antes de las dos: más tardé no suelen pagarlas. A las tres me planto yo en tu casita... me das lo que quieras para mí, y para Inocencio los tres mil consabidos.

—No, chico—advertí al estudiante;—tus manos tienen un agujero en medio, y no es posible colocar dinero en ellas. Ya sé dónde vive Inocencio, y si la letra viene, yo en persona iré á llevarle...

—Me ofendes, me faltas; pero, en fin, soy magnánimo, y te perdono, en vista de tu munificencia. Mira, una vez que eres tan bienhechor y que te proporcionas el inefable placer de socorrer y amparar á tus semejantes... A tus hermanos... A la humanidad... Voy á revelarte otro infortunio en que puedes ostentar tu generosa largueza.

—Oye—exclamé yo, deseando alejar toda sos-

pecha—que mis diez mil reales no son de goma elástica.

—No; si se trata de una cosa pequeña, si no te hablo más que de... Ya sabes que la compañía de zarzuela...

—¡Dale! ¿Y qué tengo yo que ver con la compañía de zarzuela? ¡Está bueno!

—¡Hombre!... ¡Si los vieras! Han tenido los cuidados poquísimos abono... Vacío el teatro casi todas las noches... Está empeñado el vestuario... El tenor, aquel buen mozo, ¿no sabes? padece atrocemente de la laringe, consultó á varios médicos y debe las consultas y la botica... La tiple entró en meses mayores... ¿Con qué envolverá lo que venga?

—Que lo envuelva con los mantos de reina que saca á las tablas... ¿A mí qué me cuentas?

—¿Y Leonor? ¡La infeliz!

—¡Ya escampa! ¡También Leonor! ¿Y qué le pasa á esa principesa?

—Tan entrampada se halla...

—¿Entrampada y te exprimió como un limón?

—Tan entrampada, que debe hasta la dentadura.

—¿La dentadura?

—¡Sí, hombre! Al dentista de la Rua del Villar. Sin una buena dentadura no puede una artista cantar ni subir á las tablas.

¡Si paso con Cipriano una hora más, averiguo hasta las necesidades y miserias del traspunte y

de los comparsas de la compañía! Él, en suma, me distrajo, ya con su cháchara, ya con la perspectiva que me mostró de remediar una multitud de desdichas con la fortuna que en potencia residía en el laboratorio de Onarro. Dolíame sólo no poder pasar un ratito con Pastora, antes del famoso experimento. ¡Siquiera un ratito! ¡Tiene uno tantas cosas que contar á su novia en vísperas de viaje ó en anuncios de riesgo! Estrujaba yo mi imaginación buscando medios para obtener una entrevista privada con Pastora: mas no me ocurrió ningún recurso. El día pasó así. Pensé en escribir á mis padres, mas no tuve ánimos para hacerlo; ni, á la verdad, sabía qué les dijese. Mi situación no era para declarada; si alguna desgracia ocurría, harto pronto llegaría á sus oídos.

Próxima ya la noche, al recogerme en mi cuarto, encontréme á D. Nemesio Angulo esperándome.

—Sus negocios de usted van muy mal, — me dijo.
—Yo se lo advierto para que no crea que obro torcidamente y con doblez. Mañana espira el plazo fijado por D. Víctor.

—¿D. Víctor ha fijado un plazo?—pregunté.

—Sí, un plazo de ocho días para que le den definitiva respuesta. Y me parece que ésta será favorable á sus deseos. No es que Pastora no le estime á usted mucho, no por cierto: eso á las leguas se le conoce: ella le tiene á usted gran cariño. Pero el

tío ha tomado el asunto como cosa propia, y ya sabe usted que para Pastora la opinión del tío significa...

—Señor don Nemesio—objeté yo,— imposible parece que un señor tan prudente y bondadoso como usted ayude también á forzar la voluntad y á tiranizar el corazón de una niña...

—¡Qué cosas pasan por esa cabecita! Nadie, amigo, fuerza hoy en día la voluntad de nadie; no se recurre ya á medios coercitivos, que no están en nuestras costumbres. Pero para una doncella tan discreta, y buena, y dócil como Pastora, es de más peso sólo la opinión de las personas mayores en edad, dignidad y gobierno, que cincuenta mil violencias. Puede que por la tremenda nada se consiguiese de ella, porque, mire usted, tiene su pedacito de energía y de entereza, y en dando en decir que no debe hacerse esto ó aquello, no hay forma de apearla: pero con el amor y la persuasión...

Exhalé un suspiro, porque comprendí que don Nemesio conocía á Pastora perfectamente.

—Señor don Nemesio—le dije con aire y tono lúgubre,— mire usted que si Pastora me planta, es muy fácil que me muera del disgusto.

—¡Buena es esa! Como no tenga usted enfermedad más grave... No niego que lo sentirá usted, al pronto, algo, y que hará extremos; pero...

—Mire usted—añadí con insistencia,— si me

muero... porque ya ve usted que todos somos hijos de la muerte...

—Eso sí. En manos de Dios está...

—Pues, si eso sucede, prométame usted que llevará á Pastora de mi parte esa Virgen de la Soledad que tengo á la cabecera de la cama...

—¡Tiene usted cada idea más extravagante! Creo que voy por la tetera y la estufilla, porque usted no debe hallarse en su estado normal, y le vendrá de perlas una tacita de té.

—También desearía, si ocurre eso...

—¿El qué?

—Mi muerte.

—Aguarde usted un momentito, que en seguida vuelvo con la tetera.

—Señor don Nemesio—insistí asiéndole del brazo,—en el caso de morir, tendría gusto en que usted se quedase con este reloj en memoria mía.

Y saqué del bolsillo y le mostré la única alhaja de que podía disponer sin necesidad de fórmula testamentaria. Era una cebolla de plata, nada elegante y muy poco exacta, que con todo eso estimaba yo á par de las telas de mi corazón, mediante haberme costado diez duros, suma para mí fabulosa.

—Jesús, Jesús, Jesús—repitió tres veces D. Nemesio.—Usted sueña, ó usted está malo, ó usted tiene un acceso de locura, ó ha tomado una copilla más de lo regular con los amigos. ¿Me querrá us-

ted persuadir de que va á morir de amor? ¡Viva usted mil años, que tiempo habrá de dejar este mundo, y que usted, que es un buen cristiano, no ha de pensar cosas que sólo imaginarlas horroriza! No, yo no le hago á usted tan cobarde, ni tan pequeño, ni tan impío, ni tan...

—Señor don Nemesio—repuse riendo de todo corazón y sin poder contenerme,—no se mortifique usted en probarme con excelentes argumentos que no debo beber estrignina, ni levantarme la tapa de los sesos. A fe de Pascual que no sé de dónde saca usted tan gracioso dislate.

—¡Loado sea Dios! Pues entonces, ¿á qué viene hablar de muertes y embelecocos?

—Sí, una suposición, falleciese de muerte natural...

—Está usted más sano que una manzana, y, gracias al Señor, pocas trazas presenta... No, suceder podría, en eso no hay duda. Pero también á mí me visite quizá esta noche, ó cuando menos lo piense, la de la guadaña... Oiga usted—añadió abriendo la sotana y mostrándome un reloj poco más lucido que el mío,—ya que usted me quiere dejar un recuerdo, yo también le ofrezco éste... Como soy más viejo, es regular que vaya delante. Ya lo sabe usted; el reloj es suyo cuando yo sea borrado del número de los vivientes.

¿Quién se maravillará si declaro que aquella noche subió de punto mi excitación, hasta el extre-

mo de no consentirme acostarme sino allá á las altas horas? Y fué eso cuando rendido ya de medir la habitación á grandes pasos, de entreabrir las maderas por ver si asomaba el día, de cavilar, de hacer soliloquios, de beber tragos de agua, y de encender y tirar cigarrillos, me encontré tan molido y aniquilado, que sin ser fuerte á otra cosa subí al lecho, dejándome caer en él vestido y con botas. Al momento me embargó un sopor profundo y total. En lo mejor de él me encontraba, cuando sentí que me zarandeaban y sacudían, y una voz resquebrajada y hendida como sartén vieja, chilló:

—¡D. Pascual, D. Pascualillo! ¡Despierte, que ya amanece un día precioso! Era doña Verónica que cumplía mis órdenes.

—Bueno, allá voy—contesté con voz trabada,— y volviéndome del otro lado, cogí de nuevo el sueño, y hasta quizá roncaría.

—¡D. Pascualillo! ¡Eh! ¡Mire que ya es de día! —insistió la solícita patrona.—¡Válgame Dios, y cómo duerme! ¡D. Pascual—repitió á gritos; y al mismo tiempo, sin pararse en pelillos, con sus dedos ganchudos me cogió un pellizco en un hombro, tan sutil y retorcidísimo, que esta vez me incorporé lanzando una exclamación furibunda.

—Es de día, D. Pascualito,—reiteró mi verdugo, presentándome al mismo tiempo una jícara de chocolate y unas tostadas de pan en un plato.

Aparté el desayuno con la mano, y llevándome el dedo al hombro dolorido, gruñí:

—¡Vaya que tiene usted unos modos! ¿Y á qué viene esto de despertarme á lo mejor del sueño?

—¡Ay qué señorito! ¿Y no me lo mandó usted ayer?

—¿Yo?

—Usted mismo. Ande, tome el chocolatito. Vaya, chocolatito al loro; que se muere de hambre todo.

—Llévese usted ese chocolate, y déjeme.

—¡Vamos!—dijo con misterio la patrona;—ya entiendo, hay pecata. Bien hecho, hijito; á barrer la casa, que los estudiantes suelen no tenerla nunca muy limpia.

Coordiné mis ideas. Al pronto no sabía yo mismo á qué fin había dispuesto que me despertaran: esta ruptura de la ilación de la vida es frecuente al salir de un sueño pesado y letárgico como el mío. Medité un instante, á fin de enlazar de nuevo las interrumpidas representaciones. Dos minutos después, desazonado y tiritando, estaba camino de casa de Onarro.

La mañanita era nebulosa y triste, y el mayor silencio reinaba en las calles, que aparecían enteramente desiertas, sin los madrugadores devotos que iban en busca de las primeras misas, con los ojos aún medio entornados y encogido el cuerpo. La puerta de Onarro, entreabierta ya, brindaba á

pasar adelante. Empujéla y subí la escalera, hallándome presto en aquellas piezas vastas y lóbregas ya cruzadas la antevíspera. ¿En qué imaginarán ustedes que cavilé durante todo el camino que media desde mi casa hasta los últimos confines de la del sabio? Pues no fué ni en el riesgo inminente de la vida, ni en Pastora, á quien dejaba, ni en mis padres y en la aldea, que acaso no volvería á ver, ni en D. Nemesio, á quien instituyera heredero de mi cascada cebolla, ni en D. Víctor, que se disponía á soplarme la novia con la ayuda de sus rentas y bienes, ni... En nada, en nada discurría yo en aquellos momentos críticos, excepto en el diamante, entidad misteriosa, geniecillo burlón cual los de las árabes leyendas, tras del que corríamos en desatinada cabalgata el sabio y yo. De mi memoria no se apartaba la clara y resplandeciente piedra, cuyos destellos mágicos deslumbraran sólo una vez mi mirada en las joyas pendientes del cuello y orejas de la Virgen.

Nada sabía yo acerca del diamante, y mi misma ignorancia prestaba á la hermosa cristalización cualidades de precioso amuleto ó de eficaz talismán. Ignoraba que aquella piedrecilla es el cuerpo más duro que se conoce, la materia de más valor intrínseco que existe, el mineral que en más escasa cantidad se encuentra; desconocía las propiedades sobrenaturales que por los sarracenos y por los hebreos le fueron atribuidos; no sospechaba que

dijesen fortifica el corazón, neutraliza el veneno de las serpientes, aclara la vista haciéndola perspicaz cual la del lince ó del águila; no pensaba que en las sociedades civilizadas el puro y bello rayo del diamante despierta pensamientos de codicia, envidia y latrocinio. Ni menos oyera yo jamás que el diamante se hallase, no solamente en el Brasil, Indias Orientales y Rusia asiática, sino en las cordilleras del Ural, en Bohemia, Australia y el Oregón, y en las abrasadas tierras africanas. No me era conocido el dato de que en la maravillosa tierra de California, donde los pies del viajero huellan polvo áureo y diamantífero, produzca cada tonelada de terreno la friolera de unos ocho millones de reales. No leyerá tampoco las consejas é historias que corren acerca de los diamantes de fama, cuyo tamaño excepcional los hace guardar, sobre cogines de terciopelo y entre fuertes rejas de hierro, en el tesoro de los reyes ó de los rajás indios. No sabía, por ejemplo, que el Sancy, hallado por un soldado suizo en el campo de batalla de Nancy sobre el ensangrentado cadáver de su primitivo dueño Carlos el Temerario, fué vendido al ínfimo precio de un escudo á un sacerdote, y de manos de éste pasó á las de un rey de Portugal y de allí á las del embajador Sancy, que le dió su nombre; que Sancy hizo presente con él al rey de Francia, y que el portador, asaltado en el camino por bandoleros, hubo de tragarse la piedra antes de ser

asesinado; que el cadáver fué abierto y sacado del estómago el diamante. Y de las entrañas del muerto fué á poder de Jacobo II de Inglaterra, de Luis XIV, Luis XV, el príncipe ruso Demidoff... Ni escuchara la historia de aquellos tres proscritos brasileños, los hermanos Sousa, que tras de vagar siete años por breñales y asperezas, hallaron en el lecho de un riachuelo seco el diamante mayor que ha conocido el mundo, de peso de una onza, estimado en fabulosa é inverosímil cantidad de millones, diamante cuyo enorme tamaño hacía dudar de su autenticidad, cuando el presumido monarca Juan VI, no hallando otro medio de ingerirlo en su traje, y habiéndolo sacrílegamente horadado, lo llevaba pendiente del cuello en los días de gala y ceremonia. No habían llegado á mi noticia los poéticos nombres y adjetivos que el mundo dió á ciertos diamantes célebres: ni que el rajá de Lahore, custodiado tras recia verja en la sombría torre de Londres, se llama Montaña de Luz, y Estrella del Sur otra magnífica gota de agua encontrada en el Brasil, y Estrella del Norte la que posee el Czar de Rusia. Ni que los diamantes brasileños, que se hallan en desolada y aridísima región, que cierra natural baluarte de escarpadas y ásperas montañas, fueron por mucho tiempo tenidos en concepto de primorosas, pero inútiles guijas, y sirvieron largos años de fichas para jugar al tresillo, apuntándose así realmente con millones á un juego en que,

en apariencia, se arriesgarían unos cuantos reales. Ni tenía la menor idea de la peregrina legislación que la codicia de los gobiernos, ansiosos de asegurar el rico tesoro, estableciera en los terrenos diamantíferos, ni de cómo no se podía en aquellas comarcas incomparables echar los cimientos de la más exigua cabaña sin que lo presenciasen multitud de funcionarios, ni poseer un instrumentillo de labranza llamado almocafre, sin peligro de parar en galeote.

Ni podía calcular los ardidés ingeniosísimos de negros y contrabandistas para sustraer en hábil escamoteo la apetecida piedra; las heridas profundas practicadas en muslos y brazos, ó en el anca de un caballo, que ocultan en su ulcerado seno el diamante que ha de brillar después en el pecho de una hermosa; los escondrijos en orejas, narices y planta del pie; las palomas mensajeras adiestradas, que llevan bajo el ala colgado el diamante. Ni la vida azarosa de los Garimpeiros, nómadas audaces que trepan á los inaccesibles riscos ó se hunden en abismos y quebradas vertiginosas, siguiendo la pista á algún diamante trasconejado que escapó de la criba de los negros; ni las escenas de fiebre y desorden de California, que han inspirado á los Aimard y Bret-Harte. No llegaban mis conocimientos hasta saber que hay diamantes claros, diáfanos y transparentes como las linfas del arroyo, y blancos y opacos como la leche fresca; rubios y

acaramelados como el ambar; verdosos y glaucos, como las olas del mar; rojos como sangre; azules como el firmamento, y negros como el invierno. No podía figurarme los deseos, tentaciones y suspiros arrancados del corazón de las hijas de Eva, que conservan siempre el apetito del salvaje por lo que brilla y reluce, cuando al pararse ante el escaparate de un joyero ven campear sobre gracioso estuche en que artísticamente se arruga el raso ó el terciopelo, un hilo de resplandecientes gotas de rocío, ó lágrimas de ángeles, que tales parecen á la viva luz del gas los diamantinos collares, tallados en su más bella forma, la de brillantes, y despidiendo por cada una de sus facetas irisado río de chispas.

Y, por último, no se me alcanzaba que el origen de la soberbia piedra se hallase aún encubierto en tinieblas profundas, así para los ignorantes como para los sabios; que éstos le atribuyesen tan pronto procedencia vegetal como procedencia ígnea, ya naturaleza mineral, ya orgánica, y lo mismo la juzgasen elaborada en las entrañas de la tierra por ignotas combinaciones y acciones químicas de fuerza extraordinaria, que caída en aerolitos procedentes de remotos planetas y apartados mundos.

Todo lo cual averigüé después, porque hubo ya de espolearme la curiosidad y pincharme el deseo de saber algo de la rara piedra que tal influencia ejerció sobre mi oscuro y estudiantil destino. En

aquel punto, mis antecedentes se reducían á las embozadas promesas de Onarro, á las enfáticas frases de Pastora cuando me enseñó las preseas de la imagen. Quebrábame la cabeza sin poder dar respuesta á esta pregunta: ¿Por qué valdrá tanto esa piedra? ¿Qué busilis tendrá? Y después recordaba haber visto en el dedo anular del señorito de la Formoseda un grueso y limpio brillante montado en gótica y monumental sortija de familia, que se parecía bien aun debajo de los justos guantes que el señorito calzaba; y con esto me dí á pensar en mi interior en el gustazo que debía de ser lucir otro anillo con piedra más grande y más hermosa.

X

—¿Está usted dispuesto?— me preguntó Onarro al recibirme.

Observé que Onarro tenía aquella mañana dos leves rosetas, como de fiebre, en sus mejillas de ordinario pálidas; que sus ojos centelleaban con la luz fosfórica que se advierte á oscuras en los del gato; que todo su cuerpo estaba agitado de temblores instantáneos, que cesaban tan pronto aparecían; que su voz era seca, estridente, más acera da aún que de costumbre.